



Francisca Gil, 75 años.
Mari Luz Alonso García, 22 años.

Éxodo hacia la dignidad

Esta es la narración de una vida en lucha constante. Los esfuerzos y sufrimientos de la España de posguerra contados desde la experiencia de Francisca Gil una mujer fuerte y enérgica que supo enfrentarse a la vida con dignidad.

Nuestro primer contacto se produjo por vía telefónica. Tras varios intentos fallidos por fin el auricular fue descolgado, una voz alegre me esperaba al otro lado del hilo telefónico.

Sin otro particular que charlar sobre la vida, su vida y la de todos, nos encontramos un lunes, a las cinco y media de la tarde a la puerta del colegio. Yo estaba sentada en uno de los bancos de madera situados frente a la puerta que da acceso a la Cátedra, la escuela para adultos de la calle Villalonga, en el madrileño barrio de Villaverde. Cuando la vi aparecer su sonrisa cómplice me cautivó.

Aunque menuda en el exterior, sus ojos mostraban un profundo y reciente sufrimiento, la felicidad de 75 años vividos y el orgullo de quien se ha sentido amado. Franca, alegre, voluntariosa, expresiva, amable, admirable, fuerte, enérgica, sencilla, coqueta. Todo ello y mucho más, sin duda, es Francisca Gil.

La historia de Paquita, como la llaman sus conocidos, es la de tantas y tantas mujeres españolas que padecieron las secuelas de la Guerra Civil: la Posguerra –con mayúsculas-, una larga y dificultosa época de la historia reciente de nuestro país que tristemente ha sido dejada en el olvido.

Tras los bombardeos, las guerrillas y los fusilamientos, llegó la falsa calma de la represión en forma de dictadura y allí, en la España del racionamiento, el hambre y la sed de libertad, nació esta extremeña.

El latifundismo y el poder de los terratenientes afectaban especialmente por aquel entonces a las Vegas del Guadiana, en la provincia de Badajoz donde vio la luz Paquita. Hija de un porquero extremeño, se convirtió en zagala desde temprana edad y al lado de su padre recorrió la penillanura badajocense, la misma que la vio sudar de sol a sol en los campos de maíz y tabaco.

Nunca pudo ir al colegio, aprendió las letras a través de los almanaques y sufrió de rabia por no poder escribir correctamente. Hoy, gracias a la Escuela para Adultos está por fin saciando su ansia de conocimiento. Confiesa que se defiende bien leyendo pero las matemáticas se le resisten.

Paquita sufrió, al igual que el resto de españoles, el fracaso de la política agraria del franquismo que llevó al país a un retraso de veinte años; inaugurándose, con el final de la contienda, el comienzo del desmantelamiento de la política reformista de la Segunda República española que había pretendido-aunque sin el éxito buscado-solucionar los problemas que acuciaban al sector agrícola del país.

Como consecuencia de este fracaso se produjo una merma de los alimentos y, por ende, un incremento de la mortandad a causa del hambre que asolaba nuestras



regiones. Víctima de la crisis de hambruna vivida en la época fue también la familia de Paquita que perdió al poco de nacer a su hermano mellizo.

Durante las décadas de 1940 y 1950 el país se configuraba pues en torno a los latifundios y los campesinos luchaban por sobrevivir trabajando en las huertas, como hiciera Paquita desde muy niña. Recuerda que con unos diez años comenzó a acompañar a su hermana mayor en los trabajos del campo y cómo cuando había crecida de aguas en el invierno su padre cogía un tronco de un árbol y lo atravesaba en el río para que sus hijas pudiesen cruzar, pues el camino hasta las huertas era largo y casi siempre lo hacían de noche.

Paquita reconstruye los sufrimientos de su niñez con la serenidad de quien valora lo positivo de la vida, aunque se lamenta de la esclavitud a que fue sometida en su infancia y la ilegalidad en la que cómo ella los niños de la posguerra fueron explotados. Sin derechos, sin seguridad social ni vacaciones de Navidad, sin domingos ni fiestas. Ningún documento que demuestre los esfuerzos, ninguno, más que los achaques de sus huesos que se quejan ahora de las chupas de agua que resistieron hace ya medio siglo cuando Paquita regaba junto a su hermana las huertas de tomates y pimientos en la sierra de Cáceres.

Cuando cumplió catorce años viajó junto a su familia a Madrid, entrando a formar parte de ese conjunto de españoles que emigraron en busca de un futuro mejor hacia las ciudades más industrializadas. Vendieron la burra y las gallinas para afrontar la nueva vida y así, con sandalias de goma y grietas en los talones llegó Paquita a la capital.

Recién cumplidos los quince años, los de la niña bonita, sufrió una de las experiencias más terribles de su vida. Estando sirviendo en una tahona en la calle del Ferrocarril fue acosada por el dueño del negocio, que intentando aprovecharse de la situación de supuesta inferioridad de Paquita la cogió por sorpresa mientras ella fregaba de rodillas el suelo de la panadería. Ante su negativa el hombre le dedicó calificativos que pretendiendo mermar su dignidad no lo consiguieron, sino que más bien la fortalecieron porque, como ella misma afirma, es una paleta con mucha honra.

Pero en la vida de Francisca no todo han sido sufrimientos, ha habido también mucho amor, el que desde los dieciséis añitos le entregó su marido Manuel. Aunque en los primeros tiempos su familia no lo aceptaba, pues Manuel era diez años mayor que ella, siguieron adelante y tras cuatro años de noviazgo se casaron.

En un principio el matrimonio tuvo que compartir casa con los padres de Paquita y también con su hermana y su esposo que ya tenían dos hijos; pero cuando Paquita se quedó embarazada pensaron en buscarse una casita para los tres y en 1962 se compraron una chabola en La Celsa, una zona del sur de la capital muy cerca de Vallecas. Sin agua, sin luz ni servicio, Paquita confiesa que ésta fue una época traumática pues las dificultades en el poblado eran muchas.

La chabola, que compraron por 8.000 pesetas, era como una pequeña casa de ladrillo pero desprovista de lo más básico. El agua les llegaba una vez por semana y la tenían que conservar en vasijas donde con los días se estancaba.

Desde la lejanía recuerda hoy con una sonrisa una noche en la que mientras dormía sintió un golpe sobre su cuerpo que la sobresaltó, era una rata que había caído sobre ella.



Paquita es por todo ello una muestra de la España más cotidiana y a la vez tan lejana, la del éxodo rural y las nuevas aglomeraciones urbanas.

Pero la vida de esta mujer coraje no ha dejado ni un momento de ponerla a prueba. Paquita, ejemplo de supervivencia y fortaleza, está desde hace dos inviernos un poco más débil pues tras cuarenta y siete años de vida en común y casi dos de lucha contra el cáncer, su marido, Manuel, ha muerto.

Aunque se siente arropada por sus hijos y nueras, confiesa que padece por las noches del insomnio provocado por la soledad obligada. Pero Paquita es fuerte. Se ha esforzado mucho toda la vida y ahora está utilizando esa fortaleza para seguir adelante. No tiene un momento libre: por las mañanas va hacer gimnasia y por las tardes lo primero es acudir a la escuela de adultos para aprender todo lo que de niña no pudo. Además, pinta en tela, cose y hace ganchillo y, últimamente, está intentando aprender a pintar al óleo.

Está claro que Paquita pertenece a una generación de luchadores que han sabido afrontar la vida con dignidad, esforzándose siempre y dándolo todo por hacer felices a los que les rodean. Una generación que no jugaba a la Play, ni se pasaba las horas delante de la pantalla de su ordenador conectada al Messenger; una generación, la de Paquita, que merece reconocimiento porque es el reflejo más sincero de la reciente historia de nuestro país, y que se resume en: esfuerzo, amor, generosidad y honradez.

Lo importante de la vida

Quizás sea porque yo no he podido disfrutar el tiempo que hubiese querido de mis abuelos, o quizás porque Paquita ha despertado en mí un cariño especial; la verdad es que esta experiencia será inolvidable.

Aunque no he podido charlar con ella todo el tiempo que hubiésemos deseado, creo que hemos establecido una relación sincera y amigable que me ha ayudado a comprender más la dureza de la vida a la que Paquita, como tantos otros españoles, se ha tenido que enfrentar.

Lo más importante para ella es, en estos momentos, su familia: "lo que más me preocupa es la salud de mis hijos y que no les falte el trabajo y tengan estabilidad", escribe Paquita en una hojita que ha utilizado para contarme sus preocupaciones o anécdotas, esas que ha recordado estando sola en su casa.

El tema que más preocupa a Paquita, a parte de su familia, es la conflictividad del mundo en el que vivimos. Me ha confesado que uno de sus deseos sería que no hubiese guerras y ha reflexionado, también, acerca de los miles de millones de armas que se gastan las grandes potencias "mientras se mueren millones de criaturas de hambre en el mundo entero por la ambición de los que mandan", y me pregunta "¿por qué hay tanta desigualdad?"

Considero a Paquita una mujer enérgica y fuerte que, aunque ha vivido en situaciones complicadas, ha sabido disfrutar de la vida en la medida de sus posibilidades.

Una de las lecciones que creo podría darnos a todos los jóvenes es la de aprender a valorar todo lo que tenemos, en especial las facilidades a la hora de estudiar, un aspecto que a ella le ha hecho sufrir en numerosas ocasiones por no saber leer ni



escribir. Otra lección es la que dice el refrán de: “nunca es tarde si la dicha es buena”. Ella ha demostrado que nunca es demasiado tarde si se tienen ganas de aprender.

